

# Principales teorías de la Historia desde los griegos hasta el marxismo

George Novack

\*

## Resumen

Los materialistas históricos no serían fieles a sus propios principios si no consideraran su método de interpretación de la historia como el resultado de un proceso largo, complejo y contradictorio. La humanidad ha estado haciendo historia durante un millón de años o más, mientras avanzaba desde su condición de primate hasta la era atómica. Sin embargo, una ciencia de la historia capaz de determinar las leyes que rigen nuestras actividades colectivas a través de las épocas es una adquisición relativamente reciente.

Los primeros intentos de obtener una visión de conjunto de la larga marcha de la historia humana, estudiar sus causas y establecer sus sucesivas etapas fueron realizados recién alrededor de dos mil quinientos años atrás. Esta tarea, como tantas otras del campo teórico, fue emprendida originariamente por los griegos.

Tener sentido de la historia es un requisito previo para elaborar una ciencia de la historia. Esta no es una capacidad innata sino cultivada, generada históricamente. La discriminación del paso del tiempo en un pasado, un presente y un futuro bien definidos tiene su origen en la evolución de la organización del trabajo. La percepción humana de la vida como resultado de la acumulación de acontecimientos consecutivos y cambiantes ha adquirido amplitud y profundidad con el desarrollo y la diversificación de la producción social. El calendario no aparece entre los recolectores de alimentos sino en las comunidades agrícolas.

Los pueblos primitivos, desde el salvajismo hasta las etapas superiores del barbarismo, se preocupan tan poco por el pasado como por el futuro. Sus experiencias y lo que hacen forma parte de una historia universal objetiva. Pero ellos permanecen inconscientes del lugar específico que ocupan o del papel que desempeñan en el progreso de la humanidad.

La misma idea de avance histórico de una etapa a la siguiente es desconocida. No tienen ninguna necesidad de investigar sobre las fuerzas motrices de la historia o de destacar las fases del desarrollo social. Su conciencia colectiva no ha alcanzado el punto en que aparece un criterio histórico o una comprensión sociológica.

El bajo nivel de su capacidad productiva, la inmadurez de sus formas económicas, la estrechez de sus actividades y lo magro de su cultura y de sus relaciones se manifiestan en sus criterios sumamente restringidos sobre el curso de los acontecimientos.

Los conocimientos históricos que poseían las mentes primitivas pueden medirse en las siguientes observaciones realizadas por el sacerdote jesuita Jacob Baegert en su *Account of the Aboriginal Inhabitants of the Californian Peninsula* [Descripción de los aborígenes de la Península de California], escrito hace doscientos años. “Ningún californiano está enterado de los acontecimientos que se produjeron en el país antes de su nacimiento, ni siquiera sabe tampoco quiénes son sus padres si los ha perdido en la infancia [...] Los californianos[...] creían que California constituía el mundo entero, y que ellos eran sus únicos habitantes; porque no iban hacia nadie y nadie venía a verlos a ellos, manteniéndose cada pequeño pueblo dentro de los límites de su reducido distrito.”

En las épocas prehispanicas, notaban sólo un acontecimiento repetido, la cosecha del fruto de la pitahaya. Así, un lapso de tres años era llamado tres pitahayas. “Sin embargo rara vez hacen uso de tales frases, porque casi nunca hablan entre ellos de años, sino que simplemente dicen ‘hace mucho’ o ‘no hace mucho’, resultándoles totalmente indiferente si han pasado dos o veinte años desde un determinado acontecimiento.”

Hasta varios miles de años atrás, los pueblos daban por sentada su propia organización de relaciones sociales. Les parecía tan fija como el cielo y la tierra y tan natural como sus ojos y sus orejas. Los primeros pueblos ni siquiera se discriminaban a sí mismos del resto de la naturaleza, ni trazaban una línea definida de demarcación entre ellos mismos y otras criaturas vivientes de su hábitat. Les llevó mucho tiempo aprender a distinguir entre lo que pertenecía a la naturaleza y lo que pertenecía a la sociedad.

Mientras las relaciones sociales permanecen simples y estables, cambiando con suma lentitud y casi imperceptiblemente durante largos lapsos, la sociedad se funde con la naturaleza. Las experiencias de una generación no difieren mucho de las de otras. Si se rompe la organización familiar, con su tradicional rutina, la familia desaparece, o se reconstruye sobre el viejo modelo. Más aun, las comunidades vecinas, en la medida en que son conocidas (y la familiaridad no se extiende mucho ni en el tiempo ni en el espacio), son muy parecidas. Antes de la llegada de los europeos, el indio norteamericano podía viajar del Atlántico hasta el Pacífico, o el nativo de Australia miles de millas, sin encontrarse con tipos de sociedad humana radicalmente diferentes.

En esas condiciones, ni la sociedad en general ni el propio modo de vida es considerado como un objeto peculiar, digna de una atención y un estudio especial. La necesidad de teorizar sobre la historia o el carácter de la sociedad no surge hasta que la civilización ha avanzado bastante y aparecen trastornos repentinos, violentos y trascendentes en las relaciones sociales durante el tiempo de vida de los individuos que entran en la capacidad de recordar a los mayores.

Cuando se salta rápidamente de una forma de estructura social a otra, las viejas formas se destacan en marcado contraste, hasta en conflicto con lo nuevo. Por medio del comercio, los viajes y la guerra, los representantes del sistema social en expansión que están viviendo su construcción o reconstrucción toman contacto con pueblos de costumbres bastante diferentes y que poseen niveles más bajos de desarrollo cultural.

En forma más inmediata, las diferencias notorias en las condiciones de vida dentro de sus propias comunidades y los amargos conflictos entre las clases antagónicas inducen a los hombres de pensamiento que tienen los medios para tales prácticas a especular sobre los orígenes de estos conflictos, a comparar las diversas clases de sucesión o de importancia.

El historiador inglés M. I. Finley plantea algo similar al reseñar tres libros recientes sobre el Antiguo Oriente en el número del 25 de agosto de 1965 de *New Statesman*: “La presencia o ausencia de un ‘sentido histórico’ no es más que un reflejo intelectual de las amplias diferencias en el propio proceso histórico.”

Cita al estudioso marxista Prof. D. D. Kosambi, quien atribuye “la falta total de sentido histórico” de la antigua India al estrecho panorama de la vida aldeana, atada a su modo de producción agrícola. “La sucesión de las estaciones tiene una importancia fundamental, mientras que se puede observar poco cambio acumulativo en la aldea de un año a otro. Esto da la sensación general del ‘Oriente Eterno’ a los observadores extranjeros.”

Los otros pueblos civilizados del antiguo Cercano y Medio Oriente carecían también del sentido de la historia. No hay nada, observa el Prof. Leo Oppenheim, “que atestigüe que los escribas eran conscientes de la existencia de un *continuum* histórico en la civilización mesopotámica”. Esto está confirmado por el hecho de que “las más largas y explícitas descripciones reales asirias [...] eran enclavadas en los cimientos de un templo o palacio, a buen resguardo del ojo humano y para ser leídas sólo por la deidad a que estaban dirigidas.”

La transición de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro en las civilizaciones de Medio Oriente y el Mar Egeo creó entre los años 1100 a 700 antes de la Era Cristiana las condiciones para el surgimiento de un criterio histórico en Occidente. Los reinos y las poblaciones agrícolas comparativamente autosuficientes fueron complementados o suplantados por activos centros comerciales, especialmente en los puertos fenicios y jónicos del Asia Menor. En ellos, las nuevas clases comerciantes, patronos de barcos, manufactureros, artesanos, navegantes pasaron a un primer plano y desafiaron las instituciones, las ideas y el poder de la vieja clase terrateniente. La esclavitud patriarcal se transformó en una institución en que los esclavos eran bienes muebles. Las relaciones mercantiles, el dinero metálico, la deuda hipotecaria, corroyeron las arcaicas estructuras sociales. Las primeras revoluciones democráticas y contrarrevoluciones oligárquicas se incubaron en las ciudades-estado.

Los griegos jónicos que asentaron por escrito las primeras historias verídicas eran socios de los comerciantes, ingenieros, artesanos y viajeros. El pionero de los historiadores occidentales, Hecateo, vivió en la misma ciudad comercial de Mileto que los primeros filósofos y científicos, y adhirió a la misma corriente

de pensamiento materialista.

El hecho de asentar la historia por escrito pronto engendró interés por la ciencia de la historia. Una vez que se estableció el hábito de considerar los acontecimientos en secuencia, surgieron los interrogantes: ¿Cómo se desarrolló la historia? ¿Hubo algún modelo discernible en su devenir? Si fue así, ¿cuál fue?, ¿cuáles fueron sus causas?

La primera explicación racional del proceso histórico fue dada por los notables historiadores griegos, desde Herodoto hasta Polibio. Fue la concepción cíclica del movimiento histórico. De acuerdo a este criterio, la sociedad, como así también la naturaleza, pasó por idénticos patrones de desarrollo en ciclos que se repiten periódicamente.<sup>1</sup>

Tucídides, el destacado historiador griego, declaró que había escrito su crónica de las guerras del Peloponeso para enseñar las lecciones que ellas dejaban, porque nuevamente ocurrirían acontecimientos idénticos. Platón enseñaba la doctrina del Gran Año, al final del cual los planetas ocuparían las mismas posiciones que antes y todos los acontecimientos sublunares se repetirían. Esta concepción fue expresada como axioma popular en el *Eclesiastés*: “No hay nada nuevo bajo el sol”.

La noción del carácter cíclico de las cuestiones humanas estaba estrechamente ligada a la concepción de un Destino todopoderoso, inescrutable, inflexible, que llegó a reemplazar a los dioses como soberano de la historia. El Destino fue convertido en mito personificado en las Tres Parcas, y luego fue racionalizado por los eruditos como la ley última de la vida. La noción de un trágico destino cósmico, ante el cual el hombre no puede apelar y del cual no puede escapar, pasó a ser el tema principal del drama griego clásico, así como el de las obras históricas de Herodoto.

Las comparaciones con otros pueblos, o entre los estados griegos en distintas etapas del desarrollo social, económico y político produjeron, junto con los primeros indicios de avance histórico, una historia comparada. Ya por el siglo VIII A.C. el poeta Hesíodo habló sobre la Edad de Cobre que había precedido a la Edad de Hierro. Varios siglos más tarde Herodoto, el primer antropólogo y padre de la Historia, reunió una valiosa información sobre las costumbres de los pueblos del Mediterráneo que vivían en el salvajismo, el barbarismo o la civilización. Tucídides señaló que los griegos habían vivido antes como vivían los bárbaros en su propio tiempo. Platón, en su *República*, *Las Leyes* y otros escritos, y Aristóteles en la *Política*, recopilaron especímenes de diversas formas de gobierno estatal. Les dieron nombres, los clasificaron y analizaron. Buscaron determinar no sólo el mejor modo de gobierno para la ciudad-estado, sino también el poder de sus formas de desarrollo y las causas de la variación y revolución política.

Polibio, el historiador griego del surgimiento del Imperio Romano, consideraba a éste como un ejemplo inmejorable de las leyes naturales que regulaban la transformación cíclica de una forma de gobierno a otra. Creía, como Platón, que todos los estados pasan inevitablemente por las fases de la monarquía, la aristocracia y la democracia, que degeneran en sus formas conexas de despotismo, oligarquía y olocracia. La generación y degeneración de estas etapas sucesivas de gobierno se debía a causas naturales. “Este es el ciclo regular de las revoluciones constitucionales y el orden en que las instituciones cambian, se transforman y retornan a su estado original”, escribió.

Así como los pensadores griegos, tantos los materialistas como los idealistas, conocieron y dieron nombres a las formas principales de organización política desde la monarquía hasta la democracia, así dieron origen también a los tipos básicos de interpretación de la historia, que aún perduran.

Fueron los primeros en intentar explicar la evolución de la sociedad en líneas materialistas, no obstante lo rudimentario y torpe de sus esfuerzos iniciales. Los atomistas, los sofistas y las escuelas hipocráticas de medicina presentaron la idea de que el ambiente natural era un factor decisivo para plasmar la humanidad. En sus expresiones extremas, esta corriente de pensamiento reducía los cambios histórico-sociales a los efectos del campo geográfico y a su condicionamiento climático. Polibio escribió: “Nosotros, los mortales, tenemos una tendencia irresistible a ceder a las influencias climáticas. Esta es la causa, y no otra, del origen de las grandes diferencias que predominan entre nosotros en cuanto a carácter, formación física y complejidad, así como es la causa de la mayoría de nuestros hábitos, todo lo cual varía con la nacionalidad

<sup>1</sup>Que ciertos acontecimientos de la Historia sean similares en distintos puntos y a través de todos los períodos históricos, no quiere decir necesariamente que la Historia tenga un carácter intrínsecamente cíclico. Si tomamos en cuenta que la Historia es “fabricada” por el *sujeto histórico*, el hombre; que la Historia es causa y consecuencia de todas las acciones, es decir, que es una concatenación de causalidades, estos puntos “cíclicos”, entonces, no sólo no demuestran *científicamente* que la Historia es un ente todopoderoso y cíclico, sino que, a mi entender, demuestran que el hombre ha cambiado poco en su carácter a través de las eras. Esto es lo que haría “cíclica” a la Historia. ¿Qué pasaría si cambiáramos radicalmente el carácter y la conducta del sujeto histórico?

y la distancia que nos separa de una misma localidad.”

Estos primeros sociólogos enseñaron que la humanidad había ascendido desde el salvajismo hasta la civilización imitando a la naturaleza y mejorando el funcionamiento de la misma. El más agudo exponente de esta concepción materialista de la cultura grecolatina fue Lucrecio, quien hizo un brillante bosquejo del desarrollo de la sociedad en su poema *Sobre la naturaleza de las cosas*.

Entre los pensadores griegos, sin embargo, predominaban los tipos de teorías que han sido desde entonces el latiguillo de los idealistas históricos:

1. *La teoría de un Gran Dios*. Los más primitivos intentos de explicar el origen y el desarrollo del mundo y la humanidad son los mitos sobre la creación de los pueblos prealfabéticos. Con el que más familiarizados estamos es con el que aparece en el *Génesis*, que atribuye la creación del cielo y la tierra a un Dios Señor que trabajó en base a un plan de seis días. Estas historias fantásticas no tienen ninguna validez científica.

La materia prima para la escritura de la historia verídica fueron los primeros materiales recogidos en las crónicas de los reyes de la India y la China. La primera concepción sintética de la historia surgió de la fusión de elementos tomados de los viejos mitos de la creación con un examen de estos informes. El resultado fue la versión de la historia del Gran Dios, que afirmaba que las cuestiones humanas y cósmicas eran dirigidas por seres divinos.

Así como los déspotas reinantes dominaban las ciudades-estado y sus imperios, así la voluntad, las pasiones, los planes y las necesidades de los dioses eran las causas últimas de los acontecimientos. El rey es el agente que garantiza la existencia del mundo combatiendo permanentemente con los poderes del caos. Esta teoría teológica fue elaborada por los sumerios, los babilonios y los egipcios antes de caer bajo el dominio de los griegos y los romanos. Fue expuesta en las Escrituras israelitas de donde fueron tomadas y reformuladas por las religiones cristianas y mahometanas y sus estados.<sup>2</sup>

Bajo las monarquías teocráticas de Oriente, la guía divina de las cuestiones humanas fue recubierta con la naturaleza deforme del rey-sacerdote. En Babilonia, Egipto, el Imperio Alejandrino y Roma, la suprema fuerza gobernante del universo y el gobernante fuerte del reino eran considerados igualmente divinos. El Gran Dios y el Gran Hombre eran uno mismo.

2. *La teoría del Gran Hombre*. El criterio teológico absoluto de la historia es demasiado tosco y candoroso, está demasiado cerca del animismo primitivo, demasiado en conflicto con la ilustración civilizada, para persistir sin crítica ni cambio excepto entre los más ignorantes y devotos. Ha sido suplantado por versiones más refinadas.

La teoría del Gran Hombre surgió de una disociación de los componentes duales de la teoría del Gran Dios. Los inmensos poderes atribuidos a los dioses se concentraron en alguna figura que encabezaba el estado, la iglesia u otra institución o movimiento clave. Este Personaje, que ocupaba una posición excepcional, estaba supuestamente dotado de la capacidad para plasmar los acontecimientos a su voluntad. Este es el origen de la persistente creencia de que hay individuos inusualmente influyentes y capaces que determinan el curso de la historia.

La adoración fetichista al Gran Hombre ha pasado de los períodos de los reyes-dioses de la Mesopotamia a un Hitler. Ha tenido numerosas encarnaciones, según los valores adjudicados en distintos momentos por distintos pueblos a los diversos terrenos de la actividad social. En la Antigüedad éstos abarcaron desde el monarca divino, el tirano, el legislador (Solón), el conquistador militar (Alejandro), el dictador (César), el emancipador-héroe (David), el líder religioso (Cristo, Buda, Mahoma). Todos estos varones (a las mujeres no se les concedía tal preeminencia en las sociedades patriarcales) eran ubicados en el sitial del Todopoderoso como causas primeras de la historia.

El más celebrado exponente de este criterio en nuestra era fue Thomas Carlyle, quien escribió: “La Historia Universal, la historia de lo que el hombre ha realizado en este mundo, es en el fondo la Historia de los Grandes Hombres que aquí ha trabajado”.

3. *La teoría de la Gran Mente*, una variante filosófica más sofisticada de la línea de pensamiento del

---

<sup>2</sup>Existe un ensayo muy interesante, llamado *El Dios invicto*, de un historiador alemán, en donde estudia la evolución del dios solar a través de las civilizaciones de Occidente y del Cercano Oriente y su contacto entre sí. El Dios hebreo proviene de aquellos mezcleches teológicos.

Hacía también un análisis de la evolución de los tipos de religiones; la última evolución sería la de aquellas cuya Verdad se basa en grandes escritos profético-bíblicos, como los Cristianos, los Zoroástricos, los Mahometanos y los Maniqueos. No recuerdo si habla de los judíos a este respecto.

Gran Dios-Hombre es la noción de que existe una fuerza ideal que arrastra o impulsa la historia para llevar a cabo sus fines concebidos de antemano. El griego Anaxágoras decía: “La Razón (*Nous*) gobierna el mundo”. Aristóteles sostenía que el motor original del universo, y por lo tanto el impulsor esencial de todo lo que éste contiene, era Dios, quien era definido como una mente dedicada a pensar sobre sí misma.

Hegel fue el más moderno exponente de la teoría de que el progreso de la humanidad consistía en concebir y consumir una idea. Escribió: “El Espíritu, o la Idea, es el único principio motriz de la historia”. El objetivo del Espíritu del Mundo, el resultado de su laborioso desarrollo, fue la realización de la idea de libertad.

De la teoría de la Gran Mente se pasa con facilidad a la noción de que un grupo de brillantes intelectos, o incluso un genio, constituye la fuente principal del progreso humano. Platón enseñaba que existen “algunas naturalezas que deberían estudiar filosofía y ser líderes del estado; y otras que no han nacido para filósofos y están destinadas a ser seguidores antes que líderes.”

Así, algunos racionalistas del siglo XVIII que creían que “la opinión gobierna a la humanidad” esperaban de un monarca iluminado que introdujera la necesaria reconstrucción progresiva del estado y la sociedad. Una manifestación más difundida de este enfoque opone a la chusma no pensante en un estrato superior de la población como el modelo de la razón, que es el único al que puede serle confiado el liderazgo y el poder político.

4. *La teoría del Mejor Pueblo.* Todas estas interpretaciones están imbuidas del prejuicio de que alguna élite, la Mejor Raza, la nación favorecida, la clase gobernante, hace la historia por sí misma. El Antiguo Testamento daba por sentado que los israelitas eran el pueblo elegido por Dios. Los griegos se consideraban el pináculo de la cultura, superiores en todos los aspectos a los bárbaros. Platón y Aristóteles consideraban a la aristocracia dueña de esclavos como naturalmente superior a las clases bajas.

5. *La teoría de la Naturaleza Humana.* Más persistente es el criterio de que la historia ha sido determinada por las cualidades de la naturaleza humana, buena o mala. La naturaleza humana, como la naturaleza misma, era considerada fija e inalterable a través de las generaciones. La tarea del historiador era demostrar cuáles eran los rasgos invariables del carácter humano, cómo el curso de la historia los ejemplificaba y cómo la estructura social estaba moldeada o debía ser remodelada en concordancia con ellos. Tal definición de la naturaleza humana fue el punto de partida para la teorización social de Sócrates, Platón y Aristóteles y otros grandes idealistas.

Pero también ha de encontrársela en la filosofía social y política de las más diversas escuelas. Así, el empirista David Hume afirma categóricamente en *Ensayo sobre el entendimiento humano*: “La humanidad es hasta tal punto la misma, en todo tiempo y lugar, que la Historia no nos informa de nada nuevo o extraño en ese particular. Su utilidad principal es tan sólo descubrir los principios constantes y universales de la naturaleza humana.”

Muchos de los pioneros de las ciencias sociales del siglo XIX se aferraron a esta vieja doctrina de “los principios constantes y universales de la naturaleza humana”. Por ejemplo E. B. Tylor, el fundador de la antropología británica, escribió en 1889: “Las instituciones humanas, como rocas estratificadas, se suceden unas a otras en series substancialmente uniformes por todo el globo, independientes de lo que parece ser las diferencias comparativamente superficiales de raza y lenguaje, pero conformada por una naturaleza humana similar”.

Aunque pueden haber sostenido opiniones diferentes sobre cuáles eran las cualidades esenciales de la humanidad, tanto los pensadores idealistas como los materialistas han apelado a los principios permanentes de la naturaleza humana para explicar los fenómenos sociales e históricos. Así, como M. T. Finley nos dice en su introducción a *Los historiadores griegos*, el materialista Tucídides creía que “la naturaleza humana y el comportamiento humano eran [...] cualidades esencialmente fijas, las mismas en un siglo o en otro”.

Durante muchos siglos después de los griegos, la comprensión científica del mecanismo de la historia avanzó poco. Bajo el cristianismo y el feudalismo la concepción teológica de que la historia era la expresión del plan de Dios monopolizó la filosofía social. En contraste con el estancamiento de la ciencia en Europa Occidental, los musulmanes y los judíos llevaron adelante tanto las ciencias sociales como las naturales. El estudioso más original de los procesos sociales entre los antiguos y los modernos fue el pensador del siglo XIV Ibn Khaldun, del Magreb, quien analizó el desarrollo de las culturas mahometanas y los orígenes de sus instituciones típicas en la forma más materialista de su época. Este eminente estadista musulmán fue muy probablemente el primer erudito que formuló una concepción clara de la sociología, la ciencia del desarrollo social. Lo hizo en nombre del estudio de la cultura.

Escribió: “La historia es el registro de la sociedad humana y de la civilización mundial; de los cambios que ocurren en el carácter de esa sociedad, tales como el salvajismo, la sociabilidad y la solidaridad grupal; de las revoluciones y levantamientos de un grupo de gente contra otro, con los reinos y estados resultantes con sus diversos rangos; de las diferentes actividades y ocupaciones de los hombres, ya sea para ganarse la vida en las diversas ciencias y artes; y, en general, de todas las transformaciones que sufre la sociedad por su misma naturaleza”.

El siguiente gran avance en la comprensión científica de la historia llegó con el surgimiento de la sociedad burguesa y el descubrimiento de otras regiones del globo, que trajo aparejada su expansión comercial y naval. En sus conflictos con la jerarquía feudal gobernante y la Iglesia, los voceros intelectuales de las fuerzas burguesas progresivas redescubrieron y reafirmaron las ideas de lucha de clases que plantearon por primera vez los griegos, e instituyeron comparaciones históricas con la antigüedad para reforzar sus reivindicaciones. Sus nuevos criterios revolucionarios exigían no sólo una visión más amplia del mundo, sino un sondeo más profundo de los mecanismos del cambio social.

Osados representantes del pensamiento burgués, tales como Maquiavelo y Vico en Italia, Hobbes, Harrington, Locke y los economistas clásicos en Inglaterra, Adam Smith en Escocia, y Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Holbach y otros en Francia, ayudaron a preparar una imagen más realista de la sociedad y una comprensión más rigurosa de sus modos y etapas de desarrollo.

En un plano mucho más elevado del desarrollo social y científico, el pensamiento histórico desde el siglo XVII al XIX tendió a polarizarse, como en Grecia, entre las corrientes idealista y materialista. Ambas escuelas de pensamiento estaban animadas de un objetivo común. Sostenían que la historia tenía un carácter inteligible y que era posible determinar la naturaleza y el origen de sus leyes.

Los intérpretes teológicos, como el obispo Bossuet, continuaron viendo a Dios como el conductor de la procesión histórica. Aunque la mayoría de los otros pensadores no discutía que la divina providencia plasmaba en última instancia el curso de los acontecimientos, estaban mucho más preocupados por el funcionamiento terrenal de la historia.

Giambattista Vico de Nápoles fue el gran pionero entre estos pensadores. Afirmó al comienzo del siglo XVIII que debido a que la historia, o “el mundo de las naciones”, había sido creada por los hombres, sus artífices podían comprenderla. Señalaba que los fenómenos sociales y culturales pasaban por una secuencia regular de etapas que tenía un carácter cíclico. Insistía en que “el orden de las cosas humanas” era “primero los bosques, luego las chozas, de allí a la aldea, luego las ciudades y finalmente las academias”. Su “Nueva Ciencia” de la historia buscaba descubrir y aplicar “los principios eternos y universales [...] en los cuales se basaron todas las naciones, y que todavía conservan”. En su interpretación de la historia, Vico puso en el tapete la lucha de clases, especialmente en el período heroico en que estaba representada por el conflicto entre los plebeyos y los patricios de la antigua Roma.

Los materialistas que sucedieron a Vico en Europa occidental buscaron en comarcas muy diferentes los “principios universales y eternos” que determinaban la historia. Pero ninguna escuela dudaba de que la historia, como la naturaleza, estaba sujeta a leyes generales que el filósofo de la historia estaba obligado a encontrar.

El pensamiento clave de los materialistas ingleses y franceses de los siglos XVII y XVIII era que los hombres eran producto de su medio natural y social. Como lo expresaba Charles Brockden Brown, un novelista norteamericano de comienzos del siglo XIX: “Los seres humanos son moldeados por las circunstancias en que se encuentran”. De acuerdo con este principio, ellos acudían a las realidades objetivas de la naturaleza y la sociedad para explicar el proceso histórico,

Montesquieu, por ejemplo, consideraba a la geografía y al gobierno como determinantes gemelos de la historia y la sociedad. El factor físico fue más influyente en las primeras y más primitivas etapas de la existencia humana, aunque su efecto jamás desapareció; el factor político pasó a ser más dominante a medida que avanzaba la civilización.

Montesquieu y los demás materialistas de esa época no tomaban en cuenta las condiciones económicas que se alzaban entre la naturaleza y las condiciones políticas. La base económica de los sistemas políticos y las luchas de clases contrincantes que surgían de las contradicciones económicas estaban más allá de su campo visual.

A través de sus estudios de las revoluciones inglesa y francesa, los historiadores franceses de comienzos del siglo XIX adquirieron una comprensión más profunda de la forma en que la economía condiciona el proceso histórico. Observaron que la Revolución Francesa recorría un ciclo completo que había comenzado

con el derrocamiento de la monarquía absolutista, pasaba por el régimen revolucionario de Robespierre y la dictadura militar-burguesa de Napoleón, y finalizaba con la restauración de los Borbones. A la luz de estas vicisitudes, comprendieron el rol crucial que desempeñan las luchas de clases para impulsar la historia y señalaron los arrolladores cambios en la posesión de la propiedad como la causa primordial de los trastornos sociales. No obstante, no fueron capaces de revelar las determinantes de una reconstrucción y restitución de las relaciones de propiedad, así como de las formas políticas.

Muchos filósofos importantes de la era burguesa tenían una concepción materialista de la naturaleza y de las relaciones de los hombres con el mundo que los rodeaba. Pero ninguno de ellos logró elaborar una concepción materialista consecuente y amplia de la sociedad y de la historia. En un punto determinado de su análisis se apartaban de las premisas y procedimientos materialistas, atribuyendo los factores causales últimos a la naturaleza humana, a un intelecto humano de visión amplia, o a un gran individuo.

¿A qué se debía su desviación hacia explicaciones no materialistas en las áreas de determinación histórica y social? Como pensadores burgueses, estaban limitados por el horizonte capitalista. Mientras la burguesía ascendente estaba en camino a la supremacía, sus ideólogos más iluminados mantenían un apasionado y persistente interés en penetrar profundamente en las realidades económicas, sociales y políticas. Una vez que la burguesía consolidó su posición como clase gobernante, sus ideólogos no tuvieron el valor de continuar penetrando hasta el fondo de los procesos sociales y políticos. Se volvieron cada vez más perezosos y cortos de vista en los campos de la sociología y la Historia, porque el descubrir las causas de los cambios en esos terrenos no podía menos que amenazar la continuación de la dominación capitalista.

Una de las barreras para el estudio serio de la ciencia social era el supuesto tácito de que la sociedad burguesa y sus instituciones corporizaban la máxima forma asequible de organización social. Todas las sociedades anteriores conducían a ese punto y se detenían allí. Aparentemente no había una salida progresiva del sistema capitalista. Es por eso que los ideólogos de la burguesía inglesa, desde Locke hasta Ricardo y Spencer trataron de acomodar sus concepciones del significado de todos los fenómenos sociales a las categorías y relaciones de ese orden transitorio. Esta estrechez hacía que les fuera igualmente difícil descifrar el pasado, llegar al fondo del presente y prever el futuro.

Una cantidad de teóricos, desde Leibnitz a Fichte, promovieron diversas interpretaciones idealistas de la historia. Hegel fue quien completó sus trabajos. En las primeras décadas del siglo XIX, Hegel revolucionó el modo de entender la historia mundial; la suya fue la perspectiva histórica más amplia de la era burguesa. Sus contribuciones pueden reunirse de la siguiente manera:

1. Hegel enfocaba todos los fenómenos históricos desde el punto de vista de la evolución, considerándolos como momentos, elementos, fases, en un único proceso creativo, acumulativo, progresivo e incesante de llegar a ser.
2. Debido a que el mundo que lo rodeaba, al que él llamaba "Idea Objetiva", era la obra del hombre, él, como Vico, estaba convencido de que podía ser explicado por la mente inquisitiva.
3. Concebía la historia como un proceso *universal* en el cual todas las transformaciones sociales, las naciones y las personas tenían su lugar adecuado pero subordinado. Ningún estado o pueblo aislado dominaba la historia mundial; cada uno sería juzgado por su rol en el desarrollo de la totalidad.
4. Afirmaba que el proceso histórico era esencialmente racional. Este tenía una lógica interna que se desenvolvía de acuerdo a leyes definidas por el proceso dialéctico. Cada una de las etapas del todo era un producto necesario de las circunstancias de su tiempo y lugar.
5. Cada uno de los elementos esenciales de cada etapa se aglutinaban como componentes de un todo unificado que expresaba el principio dominante de su era. Cada etapa realizaba su propia contribución original al avance de la humanidad.
6. La verdad sobre la historia es concreta. Como escribió el pensador ruso Chernishevski: "Cada objeto, cada fenómeno, tiene su significación propia y debe ser juzgado de acuerdo a las circunstancias, el medio ambiente, en el cual existe [...] Un juicio preciso puede ser pronunciado sólo sobre un hecho preciso, luego de examinar todas las circunstancias de las que depende".

7. La historia cambia de manera dialéctica. Cada etapa del desarrollo histórico ha tenido suficientes razones para llegar a producirse. Tiene una conformación contradictoria, que surge de tres elementos diferentes. Estos son los logros duraderos heredados de sus predecesores, las condiciones especiales necesarias para su propio mantenimiento, y las fuerzas antagónicas que trabajan dentro de ella. El desarrollo de los antagonismos internos le aporta dinamismo y genera su crecimiento. La agudización de las contradicciones lleva a su desintegración y a su eventual desplazamiento por una forma antitética y superior que se origina en ella mediante un salto revolucionario.
8. Así, todos los niveles de organización social están enlazados en una serie dialécticamente determinada desde lo inferior a lo superior.
9. Hegel puso sobre el tapete la verdad profunda desarrollada luego por el materialismo histórico de que el trabajo y de que el hombre es el producto histórico de su propio trabajo.
10. La historia está repleta de ironía. Tiene una lógica objetiva total que desorienta a sus más poderosos partícipes y organizaciones. Aunque los jefes de estado apliquen políticas precisas y los pueblos y los individuos conscientemente persigan sus propios objetivos, la realidad histórica no se corresponde con sus propios planes. El curso y el resultado de la historia están determinados por necesidades internas independientes de la voluntad y la conciencia de cualquiera de sus agentes institucionales o personales. El hombre propone... y la necesidad histórica de la Idea dispone.
11. El resultado de la historia es el crecimiento de la libertad racional. La libertad del hombre no proviene de su intervención arbitraria, voluntaria, en los acontecimientos sino de la creciente percepción de las necesidades de los procesos contradictorios objetivos universales del llegar a ser.
12. Las necesidades de la historia no son siempre las mismas; se transforman en sus opuestos a medida que una etapa sucede a la otra. En realidad, el conflicto entre las necesidades inferiores y las superiores es el generador del progreso. Una necesidad mayor y creciente trabaja dentro del orden existente, anulando las condiciones que lo sustentan. Esta necesidad se mantiene privando a la necesidad presente de sus razones de existencia, se expande a su costa, la vuelve obsoleta y eventualmente la desplaza.
13. No sólo cambian las formaciones sociales y sus principios dominantes específicos de una etapa a la siguiente, sino que también lo hacen las leyes específicas del desarrollo.

Este método de interpretación de la historia era mucho más correcto, generalizador y profundo que cualquiera de sus predecesores. Sin embargo adolecía de dos fallas imposibles de eliminar. Primero, era incurablemente idealista. Hegel concebía la historia como el producto de principios abstractos que representaban distintos grados de la contienda incesante entre la servidumbre y la libertad. La libertad del hombre se realizaba gradualmente por el desarrollo dialéctico de la Idea Absoluta.

Tal lógica de la historia era una versión intelectualizada de la noción de que Dios dirige el universo y que la historia es la realización de su designio, que en este caso es la libertad de la humanidad. Tal como lo visualizaba Hegel, la libertad no se realizaba mediante la emancipación de la humanidad de las condiciones sociales opresivas sino por la derrota de las ideas falsas, inadecuadas.

Segundo, Hegel cerraba las puertas a un desarrollo ulterior de la historia, ya que veía su culminación en el reino alemán y en la sociedad burguesa de su propia época. El exponente de una historia universal e incesante llegaba a la conclusión de que su agente definitivo era el estado nacional, un producto característico de su fase burguesa. ¡Y en la forma monárquica, modificada por una constitución! Confundió una creación transitoria de la historia por su corporización definitiva y perfecta. Poniendo así límites al proceso de llegar a ser, violaba el principio fundamental de su propia dialéctica.

Estos defectos le impidieron a Hegel alcanzar la verdadera naturaleza de las relaciones sociales y las causas principales del cambio social. Sin embargo, los resultados trascendentales de su percepción de los mecanismos internos en los procesos han influido en todo el pensamiento y los escritos subsiguientes sobre Historia. Con las indispensables revisiones, han sido incorporados a la estructura del materialismo histórico.

Hegel, el dialéctico materialista, fue el primer teórico del proceso evolutivo. Los pensadores e historiadores sociales franceses llevaron la comprensión materialista de la historia de la sociedad tan lejos como podían en su propio tiempo. Pero aun dentro de sus propios campos, ambos se quedaron cortos. Hegel no pudo aportar una teoría satisfactoria de la evolución social, y los materialistas no penetraron hasta las fuerzas básicas que mueven la historia.

No fue hasta que los elementos válidos de estas dos líneas contradictorias de pensamiento confluyeron en las mentes de Marx y Engels a mediados del siglo XIX que se presentó una concepción de la historia basada en el desarrollo dialéctico de las condiciones materiales de la existencia social desde el surgimiento del hombre primitivo hasta la vida contemporánea.

Todos los diversos tipos de explicación histórica acumulados en la evolución del pensamiento del hombre sobreviven en la actualidad. Ninguno ha estado permanentemente enterrado, por más caduco, inadecuado o científicamente incorrecto que fuera. Las más viejas interpretaciones pueden ser revividas y pueden reaparecer con ropaje moderno para servir a alguna necesidad o a algún estrato social.

¿Qué nación burguesa no ha proclamado en tiempo de guerra que “Dios está de nuestra parte”? La teoría del Gran Hombre se pavoneaba bajo la svástica. Spengler en Alemania y Toynbee en Inglaterra ofrecen sus versiones del camino cíclico de la historia. La escuela de geopolítica hace de las condiciones geográficas la determinante fundamental de la historia moderna.

La Alemania nazi, la Sudáfrica de Verwoerd y los supremacistas blancos del Sur exaltan la raza superior como dictadora de la historia. La concepción de que la naturaleza humana debe ser la base de la estructura social es la última trinchera de los oponentes al socialismo así como el punto de partida para el socialismo utópico del psicoanalista norteamericano Erich Fromm y otros.

Finalmente, la noción de que la razón es la fuerza motriz de la historia es compartida por toda suerte de sabios. El antropólogo norteamericano Alexander Goldenweiser afirmó en *Early Civilization* [Civilización Primitiva]: “Así la totalidad de la civilización, si se la sigue paso a paso hacia atrás, se podría reducir, en última instancia, a trozos de ideas en las mentes de los individuos”. Aquí ideas e individuos son los factores creativos de la historia.

Al descubrir su filosofía, el pensador italiano Croce escribió: “La Historia es el registro de las creaciones del espíritu humano en cada terreno, tanto teórico como práctico. Y estas creaciones espirituales están siempre en los corazones y las mentes de los hombres de genio, los artistas, los pensadores, los hombres de acción, los reformadores morales y religiosos”. Esta posición combina el idealismo con el elitismo, los genios que usan el espíritu, o la minoría creadora, como el agente que redime a las masas.

Estos diversos elementos de la interpretación histórica pueden aparecer en combinaciones sumamente incongruentes en un país, corriente de pensamiento o en una mente individual determinada. El stalinismo ha aportado el ejemplo más sorprendente de tal síntesis lógica. Los adeptos al “culto de la personalidad” buscaron fundir las tradiciones y las concepciones del marxismo, la más moderna y científica de las filosofías, con la arcaica versión del Gran Hombre del proceso histórico contemporáneo.

Excepto en la China maoísta, esta extraña e insostenible amalgama de ideas ya se ha derrumbado. Sin embargo demuestra cómo el pensamiento generalizado sobre el proceso puede hacer una regresión luego de haber dado un inmenso salto adelante. La historia de la ciencia histórica prueba a su modo que el progreso no es igual o persistente a través de la historia. Tucídides, el narrador de las guerras del Peloponeso en el siglo IV antes de Cristo, tenía una concepción mucho más realista sobre la Historia que San Agustín, el exaltador de la Ciudad de Dios, en el siglo IV de nuestra era.

El marxismo ha incorporado a su teoría del desarrollo social los descubrimientos verificados de la moderna investigación científica así como los resultados de la percepción profunda de sus predecesores filosóficos, ya sean materialistas, idealistas, o eclécticos, que hayan resultado válidos. Actuar de otro modo sería burlarse del mandato de su propio método, que enseña que cada escuela de pensamiento, cada etapa del conocimiento científico, es el producto de estudios anteriores, modificado y a veces revolucionado por las condiciones predominantes. La indagación científica de la historia y la sociedad, como el proceso de la historia misma, ha dado resultados positivos, permanentes y progresivos.

Al mismo tiempo, el marxismo rechaza todas las versiones de teorías anticuadas que no han podido aportar una explicación adecuada o correcta de los orígenes y la evolución de la sociedad. No niega que el idealismo histórico contiene importantes ingredientes de verdad y que ha habido momentos en que ha sido históricamente progresivo. Su avance, a partir de los griegos, ha ido desde el cielo a la tierra, de Dios al hombre, de lo imaginario a lo real. Los individuos influyentes o insignificantes, y las ideas, innovadores o

tradicionales, son esenciales a la sociedad; sus roles en el proceso histórico deben tomarse en cuenta.

Los idealistas prestan atención a estos factores y eso es correcto. Donde se equivocan es en adjudicarles una importancia decisiva en el proceso total de la determinación histórica. Su método limita sus análisis a las capas externas de la estructura social y de este modo se quedan en la superficie de los acontecimientos. La ciencia debe ahondar en el núcleo central de la sociedad, donde trabajan las fuerzas reales que determinan la dirección de la historia.

El materialismo histórico se aparta del Director Divino, del Gran Hombre, de la Mente Universal, del Genio Intelectual, de la Elite y de una Naturaleza humana inmutable para dar su explicación de la historia. La formación, reforma y transformación de las estructuras sociales durante el último millón de años no puede entenderse recurriendo a ningún ser sobrenatural, a factores ideales, a mezquinas causas personales o a causas invariables.

Dios no creó al mundo ni ha supervisado el desarrollo de la humanidad. Por el contrario, el hombre creó la idea de los dioses como una fantasía para compensar la falta de un verdadero control de las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad. El hombre se hizo a sí mismo actuando sobre la naturaleza y cambiando sus elementos para satisfacer sus necesidades mediante el trabajo. El hombre se ha abierto camino en el mundo. El desarrollo posterior y la diversificación del proceso de trabajo desde el salvajismo a nuestra civilización actual ha continuado transformando sus aptitudes y sus características.

La historia no es la hazaña de individuos sobresalientes, por más poderosos y dotados que sean o por más estratégicamente ubicados que estén. Ya en la Revolución Francesa, Condorcet protestó contra este estrecho criterio elitista, que hace caso omiso tanto de lo que mueve a la masa de los seres humanos como de la forma en que las masas y no los jefes hacen la historia. Escribió: “Hasta ahora, la historia de la política, como la de la filosofía o la de la ciencia, ha sido la historia de sólo unos pocos individuos: eso que realmente constituye la raza humana, la vasta masa de familias que viven en gran parte de los frutos de su labor, ha sido olvidada, y aun aquellos que ejercen profesiones públicas y trabajan no para sí sino para la sociedad, los que se dedican a la enseñanza, a gobernar, a proteger o a curar a otros, sólo los líderes han concitado la atención del historiador”.

El marxismo construye sobre esta concepción de que la historia es el resultado de las acciones colectivas de las multitudes, del esfuerzo de las masas que se extiende durante largos períodos en el marco de las capacidades productivas que han recibido y ampliado, y dentro de los modos de producción que han creado, vigorizado y revolucionado. No son las élites sino el conjunto del pueblo el que ha sustentado la historia, le ha impartido una nueva dirección en los momentos críticos y ha elevado la humanidad paso a paso.

Las ideas preconcebidas no han generado la historia ni han guiado su curso. Los sistemas sociales no han sido construidos por arquitectos, plano en mano. La historia no ha procedido de acuerdo a ningún plan. Las formaciones socioeconómicas han surgido de las fuerzas productivas disponibles; sus miembros han establecido sus relaciones, costumbres, instituciones e ideas de acuerdo con su organización del trabajo.

La naturaleza humana no puede explicar el curso de los acontecimientos o las características de la vida social. Los cambios en las condiciones de vida y de trabajo son la razón fundamental del hacer y rehacer de la naturaleza humana.

En la introducción a la edición inglesa de *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels definió el materialismo histórico como “ese criterio sobre el curso de la historia que busca la causa última y la gran fuerza motriz de todos los acontecimientos históricos en el desarrollo económico de la sociedad, en los cambios de los modos de producción e intercambio, en la consiguiente división de la sociedad en diferentes clases, y en las luchas de estas clases entre sí”.

Estos son los principios de los cuales deriva la teoría marxista del proceso histórico. Proviene de dos milenios y medio de indagar en las leyes de la actividad humana y del desarrollo social. Representan sus más válidas conclusiones. El materialismo histórico es en sí mismo el producto sintético de hechos e ideas elaborados históricamente, que tienen su raíz en la economía y que alcanzan el fruto esperado en la ciencia de la sociedad.